

Otra vez sobre la cuestión de los nazis en la Argentina peronista. THE REAL ODESSA. HOW PERÓN BROUGHT THE NAZI WAR CRIMINALS TO ARGENTINA; de Uki Gofñi, London, Granta Books, 2002.

**Cristian Buchrucker**

CONICET/ CEANA/

Universidad Nacional de Cuyo

El autor ha presentado con este libro la continuación de su obra publicada en 1998, *Perón y los alemanes. La verdad sobre el espionaje y los fugitivos del Reich*, trabajo del que hicimos un detallado comentario crítico en su oportunidad. La estructura del nuevo libro se articula en cuatro bloques de desigual extensión: el primero (capítulos 1-3) está dedicado a la situación política argentina desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta la posguerra; el segundo, al tema del tratamiento de los judíos por las autoridades argentinas (capítulos 4 y 5); el tercero describe las diferentes organizaciones, procedimientos y rutas que contribuyeron a la inmigración de fugitivos del Tercer Reich y colaboracionistas de toda Europa (capítulos 6-16); el cuarto se ocupa de un grupo de criminales nazis elegido como representativo del conjunto: Erich Priebke, Gerhard Bohne, Josef Schwammerberger, Josef Mengele y Adolf Eichmann (capítulos 17-21). La obra se cierra con una conclusión, además de notas, fuentes y bibliografía.

Ante todo se advierte que Gofñi mantiene los rasgos característicos de su producción anterior: una narración densa que mezcla una multitud de informaciones bien documentadas con otras de escasa solidez historiográfica. Diferenciar estas dos categorías no es muy di-

fícil para el lector de formación académica especializada en el tema, pero resulta poco menos que imposible para un público más amplio: las tesis fundamentales nunca son reunidas ni defendidas de manera sistemática, sino que aparecen de manera intermitente a lo largo del texto, acompañadas tanto de datos relevantes como de digresiones superfluas. Por nuestra parte, y a los efectos del análisis crítico, hemos hecho el esfuerzo de sintetizar lo esencial de la interpretación del autor en las cinco proposiciones que se desarrollan a continuación.

1. Perón y el gobierno militar de 1943-46 habrían pactado una «alianza secreta con Hitler» (pp. 16-17). Como elementos presuntamente probatorios de dicha alianza aparecen: los «escritos antisemitas» de Perón (pp. 37-38), un supuesto proyecto de «campos de concentración» en la Argentina (pp.38-39), la identificación de Buenos Aires como destino «preferido» del «botín de los nazis» en conexión con las presuntas actividades del general Eckart Kraemer en nuestro país (pp. 58 y 76), la caracterización del nacionalista Juan Carlos Goyeneche como agente secreto de Perón para negociar con el Tercer Reich (pp. 2, 11 y 87) y el conocido desacuerdo de Perón con los juicios de Núrenberg.

Ninguna de estas «pruebas» sale indemne de un repaso crítico. Y esto es doblemente curioso, porque ya Goñi las había presentado en su libro anterior y ahora las repite, sin hacer la mención del hecho de que fueron refutadas hace cuatro años por el que suscribe estas líneas.<sup>1</sup> ¿De nuevo hay que recordar que los «textos antisemitas» del GOU no pueden ser atribuidos a Perón directamente, sino como miembro del GOU inicialmente? De hecho Loris Zanatta ha identificado al Padre Wilkinson como el autor de los textos en los que el antisemitismo descolla. ¿Acaso con simples rumores sobre campos de concentración se producen hechos? (En todo caso Ignacio Klich ha subrayado que si bien el periodista Ray Josephs, entre otros estadounidenses, mencionó la existencia de tales campos en la Argentina de los años 40, nada menos que un destacado opositor de Perón sostuvo en la década siguiente que la Argentina carecía todavía de éstos) ¿Es posible ignorar que no existe evidencia alguna de que Goyeneche y su «misión» de 1942-43 constituyeron un instrumento del entonces poco encumbrado coronel? Para concretar sus referencias al «botín nazi» en la Argentina y a las andanzas de Krahmer, Goñi no aporta documentación alguna. Por último, la actitud crítica de Perón hacia los famosos juicios es naturalmente cierta y censurable, pero también conocida desde hace décadas. Era también la

opinión mayoritaria —se podría decir que de solidaridad «corporativa» con los jefes del ejército alemán— en el cuerpo de oficiales argentinos de la época (incluso la compartían algunos militares de los países vencedores de la Segunda Guerra Mundial y, tal como lo señalara Klich, la razón subyacente aludida por Perón para explicar tal punto de vista sobre Nürenberg, una instancia de justicia de los vencedores que él equiparaba con la destrucción de los vencidos, fue también mencionada por un diario estadounidense de los años 60 ante la búsqueda de fuentes de inspiración en Nürenberg para el juicio de Adolf Eichmann en Israel).<sup>2</sup> Lo que ocurre es que el aprovechamiento informativo por parte del gobierno militar argentino de la red clandestina de los agentes alemanes en Sudamérica y su fallido intento de adquirir armamentos, en 1943 son sacados de su contexto real —el interesado oportunismo— y presentados como si fuesen una mítica «alianza» (la cual brilla por su ausencia en la voluminosa documentación de la Alemania nazi).

2. Después de 1945 Perón habría tenido la intención de dar asilo argentino al mayor número posible de criminales nazis (p.108). Con ese principal objetivo habría controlado desde Buenos Aires una red intercontinental, manteniendo luego relaciones personales con figuras como el siniestro doctor Josef Mengele y aceptado que la Argentina fuese elegi-

<sup>1</sup> Ver reseña en *Ciclos*, N° 19, año 2000, pp. 288-89. Sobre Goyeneche, véase C. Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 227-30.

<sup>2</sup> I. Klich, «A cuatro décadas de la captura de un austríaco de Linz en la Argentina. Reflejos del caso Eichmann en memorias, testimonios y el periodismo argentino u otros», en: I. Klich, *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina*, Gaithersburg, Hispamerica, 2002, p. 185.

da por el Vaticano como «el más grande receptor» de tales criminales (pp. 108, 162, 279, 323, 250). Lo extraño de esta tesis es que el propio Goñi aporta mucha información que la contradice, además de carecer de fuentes verificables para las partes más importantes que la pretenden integrar y sustentar. En la historiografía especializada existe bastante consenso en lo referente a la llegada de un importante número de criminales de guerra nazis y colaboracionistas al país, pero como parte clandestina de un universo mucho más grande de personas que se beneficiaron con la política inmigratoria implementada por el gobierno peronista. Goñi da a entender que Perón habló con Mengele sabiendo que era el monstruoso «investigador» de Auschwitz, pero en realidad ninguna fuente sostiene tal cosa. Si Argentina recibió más prófugos de la justicia que otros países, nadie está en condiciones de afirmarlo, porque las cifras que existen son parciales y la documentación incompleta: a ojos de Klich, el impresionismo no puede sustituir la determinación de cuántos prófugos tales se radicaron en todos los rincones del mundo para luego construir el ranking que confirme o desmienta la supremacía argentina. El mismo Goñi nos dice que, como receptor, Chile estuvo «a la par» de Argentina (p.263). Tampoco el autor logra aportar nuevos contingentes a las 180 personas ya identificados por CEANA (en un universo de

aproximadamente 40.000 inmigrantes alemanes y más de 30.000 llegados de países de Europa Oriental que habían estado bajo el dominio nazi). Las mismas fuentes aliadas afirmaron que el interés dominante del gobierno argentino en todo esto era la incorporación de científicos, técnicos y «perseguidos políticos» por sus trayectorias «anticomunistas» a la vida argentina. Claro está —y allí está lo censurable— que demasiados colaboradores del aparato terrorista y genocida del nazismo lograron navegar en esa vasta y turbia corriente, escondiendo su verdadera actuación bajo el manto protector de aquellas categorías.

Una y otra vez el propio Goñi proporciona datos sobre el carácter verdaderamente multinacional de las redes de escape tejidas entre 1945 y 1950, comprobándose la ausencia de una organización o mando centralizados, y el entrecruzamiento negociado de muchos centros de decisión (incluyendo funcionarios civiles, militares y eclesiásticos) situados no sólo en la Argentina, sino en Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Suiza, Austria, España, Italia y Dinamarca. En suma, en vez de la remanida Odessa, creada y manejada por Perón, se nos aparece un vasto archipiélago, del que la Argentina era una de las islas.<sup>3</sup>

3. Los sucesivos gobiernos argentinos de los años 30 y 40 habrían seguido una política muy restrictiva frente a la inmigración judía

<sup>3</sup> Ver R. Newton, *El cuarto lado del triángulo. La «amenaza nazi» en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, cap. 19; H. Meding, *La ruta de los nazis en tiempos de Perón*, Buenos Aires, Emecé, 1999, cap. IV; y J. Loftus, «La inmigración de criminales de

guerra nazis a Norteamérica», en: I. Klich y M. Rapoport (eds.), *Discriminación y racismo en América Latina*, Buenos Aires, GEL, 1997, pp. 445-75.

(p. 43 y siguientes). Altos funcionarios en Migraciones y muchos diplomáticos mostraron fuertes prejuicios y en algún caso —como el de Santiago Peralta— una cercanía a la ideología racista del Tercer Reich. Este tema ya ha sido objeto de estudios mucho más detallados en el pasado, no estando claro cuál sería la novedad ahora aportada.<sup>4</sup>

4. La «búsqueda personal» en que se basa este libro habría penetrado en «archivos inexplorados», obteniendo «más tesoros» que lo esperado al inicio de la misma (p. 320). Pero el propio autor relativiza su alegría cuando señala su convicción de que mucho material importante habría sido destruido (él presume que intencionalmente) en los años 90 por las autoridades inmigratorias. Lo cierto es que la historia se reconstruye con documentos —no con presunciones— y en ese sentido hubiera sido deseable que Goñi reprodujera íntegramente al menos uno de los «tesoros» mencionados. Lamentablemente no lo hace, de modo que resulta imposible evaluar críticamente esta pretensión de novedad y trascendencia documental. A esta imprecisión se agrega la extraña manera de organizar la bibliografía, en la cual conviven —sin aclaraciones para el lector— la sólida historiografía de Robert Potash, Holger Meding y Ronald Newton con las ficciones de Raúl Damonte Taborda, Silvano Santander, Ladislav Farago, Jeff Kristenssen y Frederick Forsythe.

5. En cambio, el equipo internacional de investigadores que integró a partir de 1997 la CEANA (Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina) habría «fracasado totalmente» en lo que se refiere a «las cuestiones centrales» (p. 323). Este es un juicio antojadizo y carente de fundamento, que sólo muestra el enojo de un aficionado frente al hecho de que sus tesis no son apoyadas por la mayoría de los historiadores profesionales. Evaluadores externos de reconocida trayectoria ven esto de una manera muy distinta. Para Ralf Dahrendorf, el trabajo de la CEANA puede ser caracterizado como dotado de «un fuerte sentido de precisión metodológica y sustancial objetividad», produciendo «un panorama bastante claro sobre la participación que tuvo la Argentina en la aceptación de personas, bienes e ideas de la Alemania nazi y de la Europa fascista».<sup>5</sup>

En conclusión: las fuentes auténticas y la historiografía seria —buena parte de la cual el mismo Goñi enumera en este libro— no avalan las tesis primera, segunda, cuarta y quinta del autor. Sobre la supuesta «alianza» cabe decir que el actual consenso internacional de los especialistas lo representan las conclusiones de Holger Meding, quien define las relaciones diplomáticas y comerciales entre la Argentina y el Tercer Reich como esencialmente basadas en «intereses», pero no en una «conspiración» o un proyecto político com-

<sup>4</sup> Ver L. Senkman, *Argentina, la Segunda Guerra Mundial y los refugiados indeseables, 1933-1945*, Buenos Aires, GEL, 1991; y su capítulo sobre «La política migratoria del primer peronismo respecto de los refugiados de la posguerra: una perspectiva comparada con Bra-

sil, 1945-1954», en: B. Gurevich y C. Escudé (eds.), *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Buenos Aires, GEL, 1994.

<sup>5</sup> Juicio reproducido en la compilación de Klich.

partido.<sup>6</sup> También resulta curioso el esfuerzo que hace el autor por minimizar el rol —absolutamente central— que jugaron sectores de los servicios de inteligencia de los victoriosos Aliados en la clandestina emigración nazi y colaboracionista de Europa.<sup>7</sup> La tercera tesis es lo más sólido de este libro, pero no altera lo que se desprende de obras ya conocidas. En conjunto, Gofí entrega una obra muy pare-

cida a la de 1998: por un lado, con su estilo de reportaje periodístico mantiene el interés del lector y puede incitarlo a lecturas posteriores... pero por el otro, como historiografía presenta muy serias deficiencias metodológicas que invalidan la mayor parte de sus tesis cruciales. El que busque un conocimiento riguroso del estado actual de la cuestión deberá buscarlo en otras publicaciones.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Ver H. Meding, «Dealing with a Controversial Past: A Review of Latin America's Relations with the *Third Reich*», en: O. Rathkolb (ed.), *Revisiting the National Socialist Legacy*, Innsbruck, Studien Verlag, 2002, p. 194. A parecida interpretación llega Gerhard Drekonja-Kornat en el capítulo «What were the Nazis up to in Latin America», en la misma obra compilada por Rathkolb.

<sup>7</sup> Al respecto son fundamentales las ya citadas obras de Newton y Meding.

<sup>8</sup> Concretamente en la ya citada obra colectiva de Rathkolb y en

los trabajos de la CEANA. Entre estos últimos cabría mencionar los artículos de Matteo Sanfilippo, Diana Quattrocchi-Woisson, Holger Meding, Robert Potash / Celso Rodríguez e Ignacio Klich en la revista académica *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, N° 43, diciembre 1999; los trabajos de Ronald C. Newton / Christel K. Converse, Mario Rapoport / Andrés Musacchio, Mónica Quijada / Victor Peralta Ruiz, Fernando Devoto, Ignacio Klich, y Carlota Jackisch / Daniel Mastromauro en la revista *Ciclos*, N° 19, 2000; y finalmente la compilación de Ignacio Klich, citada en nota 2.